

UNA TARDE SIMBÓLICA

Veinte años para algunos no son nada, para otros puede ser un tiempo para detenerse y hacer un balance de los momentos que transcurrieron en ese lapso, algunos de ellos buenos, otros, no tanto.

Lo más loco fue hacerlo al advertir lo mucho que había crecido ese árbol en el patio de casa. Ando sin ganas de todo últimamente, y algo tan simple como pegarme una vueltita por ese espacio lleno de malezas, ni siquiera se me cruzaba.

Pero esa tarde lo vi, estaba allí majestuoso intentando alcanzar infructuosamente ese cielo con sus largos brazos, su tronco tallado casi perfecto, como si un artesano lo hubiera hecho a propósito. Su corteza delató sus años, veinte, desde aquella primavera en la que lo plantamos, una marca profunda en la inmensidad de mi propio universo.

La vi caminar insinuante, su cabello negro y largo se movía con el viento y en cada paso que daba mostraba algo que no pudo dejar de llamarme la atención, me impactó, era pequeña, menudita, algunos parecían verla, para otros era totalmente invisible. Ese árbol intempestivamente me trajo recuerdos de ella, de Malena.

Y él crecía y crecía y un día casi sin darme cuenta dejé de mirarlo. No sé por qué extraña razón algo me impulsó a dejar el cómodo y viejo sofá y a esa televisión que miro sin mirar y salir a ese laberinto de ramas y plantas descuidadas.

Cuánta decadencia -me dije al observarlo- y en mi cabeza las imágenes impactaron brutalmente, me di cuenta de mi más absoluto aislamiento, de cómo ella aún revoloteaba mi esencia como un fantasma que nunca había podido marcharse.

Ese gran árbol que asomaba a lo lejos llegó con Malena, ella amaba las plantas, para mí eran intrascendentes, todo era mágico para ella y detrás de cada una de esas insignificantes hojas verdes, se escondían las más increíbles historias de duendes y hadas, cosas de ella que me volvieron totalmente loco.

Yo era estructurado, super realista, todo lo miraba desde una sola perspectiva y Malena, era utópica, desafiante, revolucionaria, todo lo opuesto a mí y tal vez por eso la atracción entre los dos fue tan grande que casi sin conocernos nos fuimos a vivir juntos. Nos vinimos a esta casa, hoy plagada de nostalgias, una casa de un solterón de cuarenta años por entonces, que se llenó de colores, mandalas y cactus por todos sus rincones.

Lo primero que me dijo cuando vinimos, fue que a este lugar le faltaban plantas, recuerdo que me cuestionó: “¿Cómo es posible que vivas sin ellas?”, luego irónicamente me dijo: “A partir de este momento las cosas van a cambiar” y me sonrió y nada pude decirle. Ese fue solo el comienzo de una historia de amor, breve pero intensa. Un remolino en mi vida quieta y aburrida, eso fue ella.

Una tarde calurosa de setiembre llegó con un retoño de palo borracho, me reí cuando la vi, pues era más grande que ella, la maceta en la que lo traía se le escapaba entre sus pequeñas manos, quise ayudarla y me contestó soberbia: “Puedo sola”. Lo que vino después

fue todo un ritual, que me obligó a seguir desde sus creencias ancestrales, que su abuela materna, me dijo, le había transmitido.

Elegir el lugar adecuado, recuerdo que fue una verdadera odisea para Malena, a mí no me importaba en lo más mínimo, si aquí o si allá, o un poco más cerca del añejo parral o tal vez más próximo a la enredadera que atravesaba con su cuerpo todo el espacio. Oh, Dios, cómo le costó decidirlo, me reía para mis adentros, para ella era una cuestión importante. Hasta colocar un palo borracho era simbólico y yo tan incrédulo.

Al fin lo encontró, sol y sombra a la vez, le ayudé a colocarlo en la húmeda tierra luego de una intensa lluvia en la noche anterior, que facilitó mi inexperiencia con la pala y cuando lo vio tan quietecito y espigado, sus ojos se iluminaron y me dijo alegremente: “Me gusta, estoy feliz, este pequeño crecerá junto a nuestro amor” y pensé, ¡tanto romanticismo por plantar un simple arbolito en el medio del patio!

Y esa tarde lo miré una y otra vez y me di cuenta del tiempo que pasó y de lo simbólico que era.

Hace mucho que dejé de mirarme y reconocirme, cinco años, cuando ella se fue. Fiel a sí misma y libre, así como si nada, me contó que se había enamorado de otro y que se iba con él a recorrer Latinoamérica, una deuda pendiente. Cuando me lo decía, no podía comprenderlo, me pareció una escena de pesadilla, me pregunté cómo no me había dado cuenta de nada, cómo no vi venir esta situación, le imploré que lo pensara, que la amaba, y ella desapegadamente, me miró y me contestó: “Yo no te pertenezco”, juntó algunas cosas, llevó uno de sus cactus y se fue.

Caí en el más profundo de los abismos y dejé de importarme todo, trabajé en esa época solo para sobrevivir, y me dejé morir de a poco. Cuando me jubilé me quedé sentado viendo mi vida y la de otros pasar, siempre cuestionándome qué poco significaron para ella quince años compartidos.

Aun, no la perdono, no la justifico y muchas veces creo que la odio tanto, sin embargo, vaya a saber por qué lo vi, a él, rudo, sus fuertes ramas cubiertas con tanto verde, sus raíces entrecruzándose como la vida misma, como los recuerdos, y observarlo me la trajo de nuevo, esa estatua viviente y verde, me llenó otra vez el alma de tristezas, de nostalgias, de ausencia, de un amor que nació con la promesa de crecer y quedó trunco en el camino, a diferencia de él.

Entre y volví a sentarme en mi sillón y como era una de esas tardes inusuales que no puedo explicar, tomé un libro, abrí una página y apareció una poesía del poeta José Atuesta Mindiola, que decía:

“No te creas el dueño del árbol
Tú lo sembraste en una lejana primavera,
Pero la vida de él no te pertenece.
No puedes apropiarte de su sombra”.

Y al leerlo comprendí que el árbol era como Malena, yo no era su dueño, no me pertenecía, nunca había sido mía y no podía apropiarme de su vida.

